



Dentro de nada habrá que organizar expediciones culturales para conocer el monte

## **Rebollones, educación y cultura**

En el Diario de Teruel del día 27 de octubre pasado se habla de las Jornadas Micológicas celebradas en Teruel, así como también sobre el futuro Parque Cultural de Albarracín.

Permitirme que intervenga modestamente en estos dos asuntos tan interesantes para la zona de mi pueblo, que cada uno arrima el ascua a su sardina y es una forma como cualquier otra de sacar a la luz públicamente cosas interesantes, valores ocultos que a veces por excesiva modestia se pierden.

Yo también fui a por rebollones.

Aprovechando el largo puente del Pilar, para huir un poco del gran barullo de las fiestas pilaristas y atraído gratamente por las noticias de la abundancia de rebollones por mi pueblo, no pude sustraerme a la tentación de ir también a buscar.

Que uno tiene allí su casa, donde acude puntualmente, con devoción ritual todos los veranos, cuando aquellos hermosos montes arrojan fuego y frescura a la vez. Y no es cuestión de quedarse sin experimentar de nuevo esa gran gozada que supone acudir y perderte, llenarte de alegría por aquellos rincones de antaño, de cuando uno era mozuelo, que también se sabía los más escondidos parajes ricos en rebollones y un sin fin de especies más de diversas clases de setas.

Añoro muchísimo aquellos momentos, sin duda por lo lejanos, que se supone le han llevado a uno ya a edades adelantadas. Cuando era pura reverencia la manera de coger el rebollón o "mizclo", como a

nosotros los del pueblo nos gustaba llamar; hablar de rebollones, o robellones, niscalos, etc., para nosotros era desconocido; el nombre de "mizclo" sonaba mejor, más fuerte, era lo nuestro y a mí me dan tentaciones de seguir llamándole así.

Los métodos usados para la recolección del rebollón son sencillísimos, al alcance del más profano, del más torpe. No se recolectaban más rebollones por acudir al monte armado de herramientas inútiles, sino por conocer los lugares donde más crece, la forma de mirar al suelo, de andar, sobre todo cuando se trata de pinares con laderas o maleza abundante, gayubazos, estepas, brezos, etc.

Nosotros, los del pueblo, a lo más llevamos una corbella despuntada, que no molesta ni tiene peligro de herirte, un corto pincho de hierro, un cuchillo o el gabinete de vendimiar, ¿quién ha dicho que en Bezas no se vendimiaba? y armados con estos atributos ligeros y simples, destapábamos suavemente los montoncitos de josma para ver si era rebollón bueno o malo, dejando el bulto casi tal como antes de coger el rebollón, cubriéndolo nuevamente con josma cuando advertíamos que había más rebolloncitos pequeños y de esta forma, al día siguiente o al otro se volvería a recoger un nuevo rebollón grande.

Jamás cogíamos el rebollón con todo el cepellón de tierra, lo cortábamos limpiamente. Levantábamos las ramas de los pinochos, eso sí, con mucho cuidado, porque allí suelen abundar y las dejábamos como antes de la operación, así los rebollones pequeños crecían con normalidad.

Bajo los brezos, biércoles, tomillos, estepas y entre los gayubazos, tan abundantes en los montes de Bezas, crecen los rebollones y constituye una delicia, pequeña aventura que conforta, localizar el rebollón más escondido, tan solo con mirar detenidamente al suelo, sin apelar a los medios violentos de maltratar el medio donde crecen con herramientas destructoras, engorrosas y que al propio tiempo constituyen un peligro transportarlas en los coches y portarlas después por lugares con frecuencia casi inaccesibles.

Sea como fuere, tras los buscadores de "mizclos", en aquellos tiempos no tan lejanos, quedaba el monte con las mínimas huellas de los buscadores y jamás se cometían tamaños desafueros como ahora, con los montes, con la naturaleza. Ciertamente apenas llevaba el buscador consigo otra cosa que la cesta un saquillo de merienda con un trozo de pan y poco más. Claro, se trataba de buscadores de rebollones ilustres, aunque la mayoría fuesen analfabetos, conscientemente incapaces de causar daño al monte, a su monte, del que de alguna manera vivían; bien o mal, pero vivían del monte, ellos y sus animales. Cariño al

monte, al medio donde se vivía, puesto de manifiesto espontáneamente, sin alharacas ni tonterías, sin jornadas especiales, sin darse uno cuenta siquiera, se actuaba así como la cosa más natural del mundo.

No hay que confundir términos, expresiones que es preciso colocar en la sintaxis seguida para que un escrito resulte más o menos apetecible o tentador al lector. No es eso, porque la realidad es que se cometían algún que otro desafuero, por estos campesinos que eran de todo un poco, labradores, ganaderos, leñadores, recolectores de hierbas, de rebollones, etc. En pinos, sabinas y carrascas quedaban las huellas de la necesidad apremiante de aquellas gentes, tributo cobrado al monte tan solo por fuerza mayor, jamás por puro capricho o por deseos de causar daño.

Porque era impensable entonces salir al monte armado de rastrillos, horquillas ciemeras y los artilugios que ahora portan los buscadores que llegan de los grandes centros de civilización y progreso, para dejar tan triste huella de su paso, aunque hay excepciones. Y al que de tal guisa se le hubiese visto entonces por el monte, cuando menos habría causado risa y se le habría llamado tonto de remate; porque no es esa la forma de ir a buscar rebollones, por muy de capital que uno sea, por muy listo que uno se crea.

Valga como ejemplo lo que nosotros hacíamos en aquellos tiempos. Yo he salido de los primeros pinares de Bezas, desde unos quinientos metros de los parajes a buscar rebollones, llegando hasta La Losilla de Albarracín, si antes no llenábamos la cesta y desde allí volvíamos al pueblo, cargados como burros, para venderlos en la plaza o al día siguiente bajarlos a Teruel y por cuatro míseras pesetas. Y no obstante el esfuerzo realizado, merecía la pena para aquellas gentes, como la merece ahora, este valor añadido que da el monte. Las economías por allí siempre han sido precarias y es bueno este ingreso complementario que llega a la casa sin otra inversión inicial, con el solo esfuerzo de ir a buscarlo.

Las cosas por allí, por esta hermosa Sierra de Albarracín, siguen estando por el estilo. Menos ignorancia de problemas, aplicación de sistemas modernos en el desarrollo de trabajos y empleo del tiempo; pero con economías precarias y los pocos habitantes viven una existencia un tanto ignorada fuera del propio entorno físico y social, arrastrando un lastre de mediocridad, ignorados, marginados descaradamente muchas veces, como gentes relegadas, condenadas de por vida a zonas de real subdesarrollo, pese a las apariencias y falsos espejismos, con grandes carencias de todo tipo y sobre todo de

cultura. Algo así como una especie de reserva natural de seres pertenecientes a etnia o raza que se extingue sin remedio. Y lo paradójico de todo esto es que no se ignora la modernidad, el progreso existente a muy poca distancia del propio hábitat. No se ignora el progreso, que pasa por la propia puerta a todas horas, pero no se es capaz de salir de este fatalismo tan viejo, propiciado descaradamente por la insolidaridad, por la mediocridad de las personas.

Y viene todo esto a cuento con el tema de actualidad que estamos tratando. Para acrecentar este lastre que la vida impone a los habitantes de estas zonas, llegan puntualmente todos los años que se huele cosecha de rebollones estas grandes manadas de buscadores, dentro de las cuales los hay auténticos depredadores, incívicos y zafios, sobre todo de provincias lindantes riquísimas, que no se resisten a la tentación de afanar para sí todo lo que pueden, sin el más mínimo respeto al medio que visitan ni a sus habitantes, a la propiedad que no es suya, a una autonomía que no les pertenece, con la que ellos o muchos de ellos no simpatizan ni toleran.

Nuestros preciosos montes se llenan todos los años de gentes que solamente se sienten amigos nuestros en ese momento. Que llenan los barrancos de voces ajenas, prepotentes, que se adueñan de todo como si de una finca propia se tratara, pero que la ensucian con grandes cantidades de porquería, como finca extraña que es.

Estos mismos visitantes, no lo dude nadie, no consentirían que nosotros fuésemos a sus montes de tal guisa y comportamiento.

Es suerte, designio o fatalidad de los pueblos. A unos no les son suficientes sus propias riquezas, buscan las del vecino por los medios que sea la cercanía, la vecindad, los lazos fraternos, los encantos de la tierra, el comercio, las relaciones públicas, etc.

Es la fatalidad que vienen arrastrando los pueblos pobres o empobrecidos a quienes no les es bastante su propio infortunio, sino que también tienen que oírse con tanta frecuencia la palabra tonto.

Ahora bien, a fuerza de ser sinceros. Así las cosas, a primera vista, parece que se está asistiendo a una invasión de gente totalmente extraña, cuando quizás solamente se trate de gente de fuera, que es totalmente distinto.

Es cierto que los buscadores de rebollones llegan en mayor cantidad de las provincias lindantes y de la más lejana Cataluña, todas riquísimas y poderosas y no muy solidarias que digamos, que seguramente tienen ya esquilados sus propios montes y ven en la búsqueda del rebollón un motivo más de dar satisfacción a la voracidad

de sus sentidos, para lo que cuentan con poderosos medios de desplazamiento y tampoco les importa un comino el gasto que representa el largo desplazamiento a lo que tan acostumbrados están. Se desprende a priori que esto es así por la masificación de buscadores.

Pero habrá que ser más cauto, lo reconozco también, no cuantificando solamente la afluencia masiva de buscadores, sino considerando otros factores que de hecho ya se dan y no son nada despreciables a la hora de emitir fallos.

No hay estadística, porque creo que no se ha preguntado a los buscadores sus verdaderos orígenes, es decir, sus lugares de nacimiento, no de residencia actual, que eso ya lo revela claramente la matrícula de sus vehículos.

No se descubre nada nuevo al afirmar que un alto porcentaje de esos buscadores de rebollones, como los visitantes del verano, con matrículas de coches de provincias no aragonesas, son emigrantes turo-lenses y aragoneses en general, que un día se vieron, nos vimos obligados a abandonar el pueblo, si bien algunos no hemos abandonado Aragón, por suerte para Aragón, sobre todo y ahora aprovechamos cualquier oportunidad para volver al pueblo y no solos, porque se suele llevar consigo a familiares y amigos. Es un fenómeno normal y comprensible, una simple operación matemática; el tiempo pasa, las generaciones siguen y el gran Aragón de la diáspora, como otro cualquier pueblo, por supuesto, tiene añoranzas, desea conocer los lugares de donde procede.

Pero sin duda alguna que acuden muchísimos que nada tienen que ver con esos pueblos y esas tierras. Que acuden como verdaderas aves de rapiña, no solamente a coger rebollones para comer, que eso sería lo de menos, sino para vender después en los cercanos mercados de Valencia, Castellón y ciudades más alejadas y eso ya no es normal, hay que prohibirlo. Pero que conste que me estoy refiriendo a los buscadores que no tienen ningún parentesco ni ascendencia con el pueblo, porque los hay emparentados y visitantes asiduos a los que se aprecia y quiere como a los propios vecinos.

Yo no sé en qué quedará todo este gran jaleo, este fenómeno singular que se desata todos los otoños con la llegada de los buscadores de rebollones.

Soy de la opinión de que algo sí que conviene hacer, especialmente en cuanto supone la orientación y educación de los que no saben buscar los rebollones y usan sistemas inadecuados, seguramente por ignorancia o porque en sus lugares de origen se hace así; todo para evitar que no destrocen el pinar y den al traste con una

riqueza que llega todos los otoños como un maná. Hay que convencerles de que los medios que usan son peligrosos y no contribuyen a una mayor recolección de rebollones, sino más bien lo contrario, porque pierden tiempo en remover infructuosamente la josma, destruyendo un valiosísimo aporte ecológico. Cuando hay rebollones se ven a simple vista y se detectan por los montoncitos de josma; la búsqueda en los alrededores donde se ve un rebollón suele dar resultados positivos, pero búsqueda visual tan sólo, no hace falta nada más.

Enséñese a esos buscadores a que se lleven las bolsas de plástico, botellas y latas vacías a lugares de vertederos de basuras, que no los abandonen donde hacen sus comidas, porque eso denota mala educación o mala fe.

Deberían colocarse carteles con breves indicaciones de cómo se busca el rebollón, prohibiéndoles ciertos hábitos y modos, invitándoles al buen comportamiento y el respeto a las personas propietarias de los montes y los pueblos que viven allí. Y si a pesar de todo se cometen desacatos con la naturaleza sancionarles severamente.

Pero no se olvide que estamos tratando de montes generalmente de propiedad municipal, que constituyen una de las mayores riquezas y sustento de los pueblos.

Con medidas disciplinarias duras y sin previo aviso se corren riesgos que hay que tener presente. Considero que es mucho mejor tratar de convencerles para un comportamiento correcto, tal como hacen los buscadores del pueblo. Aplicar otras medidas de castigo, además de ser poco menos que imposibles de llevar a efecto, pueden traer consecuencias no deseadas por nadie.

Los ayuntamientos, el propio COMENA, diputaciones y otros organismos debieran intentar poner algo de orden en esto. Con buena voluntad se puede hacer mucho.

El otro asunto tratado en el mismo diario entra de lleno en la problemática general que aqueja a la Sierra de Albarracín y de igual modo es coincidente con la situación planteada por la invasión de los montes por los buscadores de rebollones y otra serie de aventuras poco escrupulosas.

La zona por donde se piensa delimitar el parque Cultural de Albarracín, es privilegiada en cuanto a cosecha de rebollones y otras especies de setas, así como otro tipo de flora y minifauna que ya comienza a escasear por otros montes y que interesa conservar.

Las visitas masivas e incontroladas, tanto para recorrer las zonas protegidas del futuro parque como en busca de rebollones, pueden ocasionar grandes males. Por tanto es de suponer que dicho parque

estará debida y permanentemente vigilado y protegido contra toda clase de rapiña y no solamente en cuanto concierne a las pinturas y poblados rupestres y yacimientos arqueológicos, hoy muy deteriorados por el paso del tiempo y la desidia, sino también en cuanto a la fauna y flora en general se refiere y muy especialmente la severísima racionalización de la explotación de los recursos forestales. Es algo que Albarracín tiene que aprender de una vez por todas, demandando recursos de otras fuentes que no sea precisamente la tala brutal de los montes.

La zona natural de Bezas, desde Valdepesebres hasta Peña de la Cruz, que tiene sobrados méritos para estar comprendida en dicho parque, porque sin ella quedaría incompleto, tiene su principal encanto en la zona de Dornaque, y Las Tajadas, siendo este último paraje de Las Tajadas, de tan singular belleza, el que habría que cuidar con mucho tacto y esmero. Una zona por desgracia yerma y abandonada, pero con esos vestigios prehistóricos, impresionantes, muestra evidente de una larguísima habitabilidad por tribus primitivas, cuya historia interesa recuperar.

Pienso que dentro del parque, que puede extenderse a lo largo y ancho de muchísimas hectáreas, hay que delimitar determinadas zonas para el estudio de la forma de vida de aquellas antiquísimas tribus, que bien podría haberse prolongado hasta épocas contemporáneas, como arranque de culturas rurales actuales, a tenor de las minúsculas explotaciones agrícolas abandonadas que existen, que fueron cultivadas desde tiempo inmemorial hasta nuestras fechas.

Como quien dice dentro de nada, incluso ahora mismo, habrá que organizar expediciones culturales para conocer el monte, para que el individuo en general y especialmente el niño, el estudiante, compruebe los medios rústicos naturales y cómo se vivía no hace mucho, para intentar descubrir la valentía de aquellos seres antecesores nuestros. Vale la pena conservar esos bellos espacios naturales, que si no son poseedores de restos de una gran cultura, sí son fiel exponente de cómo el hombre primitivo, incluso nuestros mismos abuelos, lograron sobrevivir y doblegar a una naturaleza tan hostil, y con fe, con enorme paciencia, infinitos sudores y padecimientos, fueron convirtiendo en zonas habitables y cómodas, consiguiendo alimentos por sistemas tan arcaicos y en reductos impensables.

El poblado troglodita de Las Tajadas, del que ya he hablado ininidad de veces en este periódico y otros medios de comunicación e institucionales, es un clarísimo ejemplo de como el hombre primitivo se acomodó perfectamente al medio físico natural y logró crear su propio habitat para su larga permanencia; de cómo esos abuelos fornidos y

rústicos de Bezas continuaron cultivando huertos en sitios de tan difícil acceso en Las Tajadas.

La Peña del Hierro es un dignísimo ejemplo y muestra las profundas heridas que le infringieron aquellos primitivos para dominarla y poblar su elegante cima de 150 metros de largo, donde no solamente existió un poblado sino también terrazas de cultivo, algunas de las cuales todavía las hemos conocido los bezanos. Merece la pena que se realicen estudios profundos sobre lo que allí se asentaba, porque se trata de un patrimonio cultural común, no solamente de Bezas. Si la ciencia es capaz de descifrar el pasado, tiene en todo el conjunto de Las Tajadas de Bezas, especialmente en Peña del Hierro, abundante material y datos para trabajar y reconstruir esa vieja historia, algo que puede convertirse en una bellísima realidad y que a tantos nos llenaría de gozo.

Hasta la fecha tan solo se han hecho tímidos intentos para descubrir el pasado de ese valioso enclave primitivo, que ha evolucionado poco a poco hasta los tiempos más recientes. Casi seguro que nuestros abuelos fueron quienes desmontaron el poblado y lo acomodaron a sus más modernos medios de explotación, en cuanto al cultivo de los numerosos huertos se refiere, ya que creo que no es casualidad toda la infraestructura rural que existe en zona tan localizada y sería bueno averiguar si es posible, si tiene vinculaciones directas con el actual pueblo de Bezas situado dos kilómetros aguas abajo.

Podría ser un buen comienzo esto del Parque Cultural para conservar unas zonas tan bonitas, configuradas a través de tantos siglos, averiguando si es posible qué relación puede existir entre aquellas viejas tribus y los poblados de la zona.

Yo tengo fe en que Albarracín sepa adelantarse a otras iniciativas foráneas, para bien o para mal, con la colaboración del Ayuntamiento de Bezas en cuanto le sea posible, para que el tiempo, la rapiña, la desidia, no terminen con todo.

Publicado en el Diario de Teruel, los días 27 y 28 de diciembre de 1.990

Verano de 2.006, se nos informó que era inminente la ampliación del espacio protegido de los Pinares de Rodeno, con lo que abarcará casi todo el término de Bezas, de sus extensos pinares.